

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

«MAL, PERO MEJOR QUE ANTES»

## Cómo se siente un cristiano en 1972

(III)

POR debajo de anécdotas más o menos estridentes pero sin gran alcance, más allá de rebeldías epidérmicas, accesos de politización, tentaciones de frivolidad o simples modas, lo más grave que está sucediendo después de 1965 en el ámbito del cristianismo es la crisis religiosa de los jóvenes.

Entendámonos. Siempre hay una «crisis» religiosa de los jóvenes, por razones antropológicas estructurales, y si se intenta impedir la sólo se consigue a costa de lo religioso o de lo juvenil; quiero decir, aplastando lo que la juventud tiene de nueva edad, de constitución de la personalidad, o eliminando el carácter religioso de la religión, reduciéndola, o eliminando el carácter religioso de la religión, reduciéndola a un sistema de usos sociales, una muerte rutina o, lo que es peor, una imposición. En la Antropología metafísica he precisado las razones teóricas de que esto sea así. El muchacho o la muchacha son necesariamente «otros» que el niño o la niña que han sido, y por eso el niño es siempre una incógnita: no se sabe, ni se puede saber, «quién» —quién persona— será. Al llegar a la adolescencia, hay que «revalidarlo» todo: estimaciones, amores, creencias. Las religiosas también, por supuesto.

No se excluye que el joven siga creyendo en lo que antes creía, o siga queriendo a las personas que eran objeto de su afectión; pero de otra manera, desde su recién estrenada personalidad adulta, con un nuevo enfoque. La mera «continuidad» inerte suele ser síntoma de falta de vivacidad, de autenticidad, de realidad, en suma. Y entre un enfoque y otro hay un momento inevitable de desenfoque, de confusión, de desorientación. Son los riesgos inherentes a la condición humana, el precio que hay que pagar con el carácter personal, libre, cambiante, dramático del hombre.

El joven, al entrar en la vida histórica, al tomar posesión de sí mismo, al intentar por primera vez separarse de la placenta originaria y vivir desde sí mismo, al hacer una esencial experiencia de soledad —por muy acompañada que parezca cuando se la ve desde la madurez—, entra en crisis. La religión se vive inicialmente en forma puramente credencial; hay un momento en que no basta con ello, en que la mera «creencia» tiene que ser propiamente

«fe» —y la fe no puede ser «la fe de nuestros padres», sino que ha de ser la de cada uno de nosotros—. La duda es precisamente aquello de que se nutre la fe personal, siempre inquieta, siempre conflictiva. El adulto volverá quizá a creer «lo mismo que antes», pero nunca «de la misma manera que antes». Al final de su vida, San Pablo escribe: «Bonum certavi, cursum consumavi, fidem servavi» (II Tim. 4, 7): «He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe». Esta es la actitud adulta, la que nunca podría ser siquiera inteligible para un niño.

Entonces, ¿cómo puede decirse que sea grave e inquietante la crisis religiosa de los jóvenes? Me explicaré: lo que me inquieta es esta crisis, esta forma de crisis. En los últimos años —y no antes— la crisis religiosa de los jóvenes consiste en que no suele haberla. Tengo la impresión de que es infrecuente que los muchachos pasen por un período de duda, preocupación, tensión, angustia. No hay propiamente «crisis», juicio, discernimiento, discriminación, examen. Más bien se trata de una «evaporación» de la creencia religiosa al entrar en contacto con la sociedad histórica (me refiero primordialmente a España, que es lo que conozco más de cerca, pero mi impresión es que las cosas no son muy distintas en otros países).

Si esto es así, lo que se produciría es la «volatilización» de una vigencia social. ¿Cómo y por qué? Lo decisivo sería que al llegar a la juventud, se entraría en el dominio de una nueva vigencia, igualmente social. El niño cree lo que «se» cree; al llegar a la frontera de la edad adulta, empezaría a no creer en lo que «no se cree». De ahí la falta de angustia, de duda, de incertidumbre. No se trataría —si mi impresión es cierta— de una crisis personal, sino estrictamente lo contrario. De ahí el extraño carácter «impersonal», automático, exento de dolor, desgarramiento y dramatismo, de la supuesta crisis religiosa de los jóvenes de alrededor de 1970.

Se dirá: ¿es que la religión cristiana tenía vigencia hace unos cuantos años y ha dejado de tenerla? Hace mucho tiempo que la religión no tiene vigencia en Occidente, aunque haya en él muchos hombres religiosos. En 1949, en París, recordé que el mundo ya no era cristiano, aunque lo fuesen innumerables personas. Lo que pasa es que en algunos países —España des-

de luego—, el cristianismo ha tenido vigencia «oficial», no sólo en el sentido de que el Estado sea confesional, sino en el que Ortega daba a esta palabra desde 1914 cuando hablaba de la «España oficial» contraponiéndola a la «España real». Esa actitud, que contaba con el apoyo tácito de la Iglesia, no lo tiene ya desde el Concilio, y muestra más a las claras su carácter convencional, puramente temporal, poco o nada religioso. Esa vigencia es, para los jóvenes de hoy, literalmente contraproducente y da un primer impulso hacia la crisis religiosa.

Pero ahora viene lo más grave. Si no fuera más que esto, los jóvenes se apartarían de esa vigencia social y política y quedarían en franquía para el acceso a la fe personal. Lo malo es que en ese momento entran bajo el influjo de otra vigencia, la vigencia del descreimiento, de la mera «ausencia» de religión. ¿Es esta la vigencia de nuestro tiempo? No lo creo así: es una vigencia juvenil de estos años; es decir, una vigencia de los hombres y mujeres nacidos —en España— entre 1939 y 1953 en su fase juvenil. Sienten de una vigencia para entrar en otra. Y no les llega, al menos por el momento, la hora de la auténtica decisión personal.

Los sacerdotes al estilo antiguo, los que se llaman «preconciliares», inspiran poca simpatía a los jóvenes; se les presentan afectados por demasiados compromisos, demasiadas complacencias, demasiada «incomprensión» de lo que en el fondo de sus almas alienta. Ejercen sobre ellos poca ejemplaridad, escaso atractivo. Los sacerdotes jóvenes y «posconciliares» les son mucho más simpáticos, están más cerca; pero no se les presentan casi nunca como sacerdotes. Parecen disculparse de serlo, o no tomarlo muy en serio, o creer que es mejor olvidarlo. En vista de que no es bueno que los sacerdotes tengan y ejerzan poder, han decidido no tener ni ejercer autoridad. En suma, no prestan a los jóvenes, en muchos casos, el servicio a que éstos tienen derecho y que no consiste, por supuesto, en adularlos y darles la razón. El servicio que el piloto tiene que prestar a sus pasajeros no es ciertamente llevar el avión por la ruta y a la altura que ellos propongan.

Esta es, si no me engaño, la situación del cristiano en 1972. Los tártagos no son pocos;

los motivos de preocupación, abundantes; los peligros, y bien graves, están a la vista. Hay innumerables gentes, algunas oficialmente responsables, que están dispuestas a hacer almoda de dos mil años de cristianismo y cambiarlo por cualquier quincalla reluciente, como la madre de Aladino estaba ávida de cambiar la vieja lámpara por una recién salida del bazar. A esto es a lo que he llamado «malversación».

Pero lo decisivo es que todo esto sucede después de Juan XXIII y del Concilio Vaticano II, es decir, después de la reconquista de la libertad religiosa. Y esa es la gran riqueza: las posibilidades. El más descontento de 1972 puede hacer lo que no podía hacerse hace quince años: quejarse, rectificar, oponerse, pedir otra cosa, decir lo que piensa: lo estoy haciendo.

Hoy —como ayer, como siempre— hay que invocar la palabra de Cristo, la revelación, la enseñanza de la Iglesia, los hechos verdaderos; la diferencia a favor nuestro es que hoy puede hacerse. Se pueden usar rectamente los caudales del cristianismo, sin que nadie lo estorbe: se puede hacer teología (que nadie se queje de su ausencia si él no la está haciendo); se puede vivir la vida sacramental y sobrenatural; se puede cuidar la liturgia; se puede defender la verdad y la justicia sin excepciones; y se puede no olvidar que la suprema injusticia es la privación de la libertad, porque este es el bien superior que nos permite buscar, reclamar, defender todos los demás, y donde la libertad falta no la hay siquiera para decir que no la hay y clamar por ella.

Si se me pidiera una respuesta concisa, en una sola frase, a la pregunta que he formulado, «cómo se siente un cristiano en 1972», yo contestaría sin vacilar: «Mal, bastante mal; pero mucho mejor que antes.»

Julión MARIAS

(Los anteriores artículos de esta serie se publicaron los días 3 y 18 de junio)

## A TRAVÉS DEL TIEMPO

...J'ai passé mon enfance dans les jardins [suspendus de Babylone...]

Blaise Cendrars

DE entre los signos de puntuación, del que en seguida llegamos a tener noción clara, y a percatarnos de su empleo y excelencias, fue del paréntesis; los demás, ciertamente, empezamos a usarlos un tanto a voleo; que Dios me perdone, pero nuestro profesor de Gramática, en primero de bachillerato, parecía complacerse en hacernosla inasequible y odiosa; sin explicaciones, remitidos a las reglas del texto, que habían de engullirse de rigurosa memoria, nos quedábamos a dos velas, como niños perdidos en el bosque. ¡Qué alegría, en cambio, qué emoción curiosa, años después, cuando descubrimos el milagro del lenguaje, como algo vivo, naturalmente, sometido a normas, pero, señor, algo vivo, lleno de intuiciones, hallazgos imaginativos que el tiempo sanciona, frágil y poderoso don con que expresar cuanto navega por dentro!

Que Dios me perdone, no entraré en detalles, ni daré pistas, que resulta feo renegar de aquellas sagradas cosas del reino perdido, de aquella fe y aquella excelente intención con que nuestras pequeñas vidas eran depositadas en manos tenidas por diestras, con el buen deseo, como solía decirse, de que llegaríamos a ser «hombres de provecho»; «¡oh, tiempos, oh, costumbres!»; que Dios me perdone, pero aquel santo varón nos daba las clases de gramática con el libro abierto entre las manos —las suyas, se entiende—, sin partir de textos vivos, emperrado en las reglas interminables, sin tirar de encerado y sinopsis y ejemplo, y dale que te pego, que es como al niño, con cuantas sugerencias sean menester, llegan a metérselo en el magín unas pocas ideas de lo que sea, pero con la preceptiva condición de que quien aplique el sistema las tenga para sí como claras, y lo suficientemente ordenadas para que las luces del educando se enciendan; que Dios me perdone, aquel buen hombre que, en asignatura de tan cíclico comprender unas bases, podríamos decir técnicas, sin las que nada de lo posterior puede ser asimilado y, mucho menos, trasladado al terreno de la práctica, se limitaba a «tomarnos la lección» del día —que los mejores soltaban de carrerilla como quien expulsara un diablo del cuerpo.

Pero no acaba aquí la cosa: el santo varón, a la promoción aquella, y a base del mismo procedimiento, nos administró la Historia de España, la de la Literatura, y la Filosofía que, entonces, se componía, en quinto curso, de Psicología y Lógica, y, en sexto, de Ética y Derecho, resulta todo increíble; y aparece claro que, por muy elementales que nosotros fuéramos, pocos hubieran sido capaces de poseer, en tan dispares y numerosas materias, las suficientes ideas claras como para cumplir con decoro la necesaria misión de palomo masticador para darles a las crías alimento digerible. Cabría preguntarse si esos tiempos de asignaturas profesadas de trapillo, debido al apño de los horarios y las disponibilidades del personal, por decirlo de algu-

na manera comprensiva, pasaron ya a la historia, o algo queda de esas viejas cosas que estamos contando, en teoría, condeadas; si no ¿cómo son posibles, a estas alturas, en esas cordilleras de alumnos libres que acuden a la inexcusable bendición del centro oficial, salvo esperanzadores remansos, grupos con excelente preparación, abrumadoras cifras de no admitidos, con ejercicios prácticamente en blanco o respuestas dignas de ias, tristemente, divertidas antologías de disparates?

Pues, claro, en aquel tiempo, como veníamos diciendo, poco comprendimos del uso adecuado de los signos de puntuación, pues nadie sacaba el agua clara de reglas, pongo por caso, como la referente al punto y coma diciendo que debía usarse «antes de conjunción adversativa, si la cláusula es larga»; y prometió por mi honor que nunca, por la época calendada; llegó nadie, que yo sepa, a enterarse bien de lo que era una conjunción adversativa; a lo más, nos divertía capacitarnos de la utilidad de los signos —sin duda por ver un regocijante caso práctico— aprendiéndonos la espinela aquella de las «Tres bellas», en la que cambiando la puntuación, resultaba que el amor del improvisado poeta cambiaba de destinataria. Por cierto que ese poema lo transcribí yo por las buenas, hablando no recuerdo de qué; lo transcribí con miedo a los fallos de memoria que a uno le van asediando, y me quedé tranquilo, al respecto de la fidelidad del texto, gracias a la gentileza de don Vicente Benedito Galmes, desconocido y cordial comunicante, a quien doy públicamente las gracias, con cinco cumplidos años de retraso; Vicente Benedito me escribió una carta asegurándome que, como el abajo firmante, había estudiado la gramática de primer curso de bachillerato con el «Compendio de gramática castellana», de don José Vergés, catedrático que fue del Instituto de Tarragona, adjuntando a la misma, como fehaciente prueba de la fidelidad de mi memoria, una fotocopia de la página en la que el profesor Vergés reproducía la didáctica espinela, que confesaba haber sacado, con la anécdota de su razón, de la «Gramática española razonada», de don Manuel M. Díaz-Rubio (El Misántropo). Por cierto, diré, volviendo al punto y coma, que he venido en conocimiento de que San Jerónimo, cosa que me conforta, fue pionero del punto y coma en su traducción de las Sagradas Escrituras; el punto y coma que usó «Azorín», y que yo adoro; porque el punto, aunque sea seguido, detiene, separa demasiado, y entendemos que no es conveniente someter a su frontera oraciones si bien con bastante independencia y sentido completo no el menester para la administración del punto, ni tan estrechamente ligadas como para usar de la coma. Los signos de puntuación, hoy también en crisis, ya por los treinta, y antes, como las mayúsculas, tendían al desuso, puesto de moda desde los «ismos» y las vanguardias que tanto nos cautivaron; pero estuvimos siempre convencidos, lo cortés no quita lo valiente, de su notoria utilidad para buen orden; no en vano, antes de Jesucristo, parece ser que Aristófanes dio con ellos, si bien pasaron siglos hasta que llegaron a su definitiva adopción y las Academias tomaran cartas en el asunto.

Lo que si pronto conocíamos, por razones prácticas, al dedillo, fue la función del paréntesis, contenedor de incidencias, de lo que no cuenta de manera sustancial en la oración, pariente próximo de las rayas, entre las que suelen comprenderse aclaraciones útiles pero no esenciales, y también pariente, pero más lejano, de la coma, linde de intercalaciones, y de oraciones explicativas, monaguillo de los vocativos, pausa respiratoria de las enumeraciones. Lo de las aducidas razones prácticas estriba en que, por aquel tiempo, algunos profesores, con buena pero equivocada intención, en vez de apuntar a resúmenes telegráficos pero racionales, a corchetes con forma de pájaro con las alas extendidas, a los gráficos que jamás se olvidan, tendían a reducir el contenido de las páginas de los libros de texto, la verdad, no todos modelo de claridad, para lo cual primeramente era declarada sin valor la llamada «letra pequeña», limbo del que, a lo mejor, no pasaremos algunos, el día de mañana; y después, lápiz en mano, se procedía a la industria de poner entre paréntesis todo lo considerado no esencial; tal suerte de poda era de difícil y peligrosa realización, pues a puro de paréntesis, algunos períodos quedaban en inefabes galimatías; pero, en el régimen memorístico vigente, de lo que se trataba era de reducir carga para facilitar las cosas. Adorábamos los paréntesis, ángeles libradores de nuestra diaria ración de conocimientos; así nos lucía el pelo.

Otra aplicación, proliamente censora, tenía el paréntesis: por las noches, después de la cena, a los internos solían llevarnos a lo que, mundanamente, llamábamos la sala de juego, estancia, con mesitas, y un billar, al fondo, reservado a los mayores, en la que se vociferaba, tirando de brisca, tute, damas o ajedrez; pero, con posterioridad, se cambió la suerte por la de la lectura en voz alta en el salón de estudio —aquel salón de estudio que trepidaba al paso de los trenes—; actuamos bastante tiempo de lectores; los libros eran, por lo general, inominados y de un «apto» riguroso; recuerdo, ahora, el titulado «Una víctima del secreto de confesión», en el que se narraban las tribulaciones de un pobre párroco acusado de asesinato...; luego, durante la vigencia de mi cargo de lector, hubo una cierta apertura, y creo recordar que llegó a leerse «Pequeñeces», y algunos libros de viajes por tierras exóticas; en la fase de apertura, las páginas que iban a ser leídas se sometían por la superioridad, previamente, a la pequeña censura del paréntesis, lo que por nuestra parte exigía ensayo, en evitación de mayores males; y causaba protesta de secreto profesional, difícil de mantener ante las insistentes, posteriores y confidenciales, demandas de los oyentes sobre pelos y señales de lo suprimido.

Total: que vivíamos en la luna, en una arcadia teñida por primeras tristezas; pero en la luna, ajenos a lo que pasaba en el mundo; algo así como en los jardines colgantes de Babilonia.

José CRUSET

### ESCUELA «THAMAR»

PRE-ESCOLAR - E. G. B.

IDIOMAS CATALAN Y FRANCES INGLÉS A PARTIR 5.º E. G. B.  
18 A 20 POR CLASE  
MEDIA PENSION Y TRANSPORTE  
PARA INFORMACION C. CADIZ 17 (PUTXET)  
TEL. 212-0696 TODOS LOS DIAS, EXCEPTO SABADOS

GABINETE NUMISMATICO

Calicó

CLASIFICACION y VALORACION de MONEDAS de COLECCION

Plaza del Angel, 2 y 3 - Barcelona-2

### RODABOLAS

Avda. José Antonio, n.º 600. Tel. 222-69-18 — 222-82-66

Comunica a su distinguida clientela y público en general que su establecimiento permanecerá cerrado los sábados por la tarde a partir del 1.º de julio hasta mediados de septiembre